

VENTANAS DEL ALMA



Por Cecilia Gordano

“Excuse me, I don’t speak Dutch!”. No me escuchó. O no le importó. Solo continuó con su indignada queja que supe era queja por las inflexiones de su voz, el arqueado de las cejas y el dedo índice agitándose en el aire. Guardé la cámara de fotos y me alejé con disculpas. *“I’m sorry. Sorry!”* La mujer en la bata seguía maldiciéndome en la lengua germánica desde el umbral de su casa, mientras mis pies volaban en los pedales, antes que la cosa se pusiera peor. Después de vivir seis meses en Utrech aprendí a manejar la bicicleta con más destreza que con los esporádicos paseos por la rambla, lo que me permitió una fuga oportunamente prolifica.

Las bicicletas son el medio de transporte más popular. Todos los lugares públicos tienen soportes para estacionarlas, y cada calle comparte un camino exclusivo para este tráfico que tiene, además, sus propios semáforos e inspectores para controlar las luces, los frenos, el alcohol en la sangre, o que no sea robada. Las hay para todos los gustos y ocasiones: desarmables para guardar bajo el asiento del tren, con carritos de madera cerrados para trasladar a los niños, de doble pedal para dos personas. Tengo fotos de casi todas, pero para completar la gula visual de mi álbum holandés, sólo necesitaba ventanas... Las ventanas de las casas me llaman, me dicen “miráme”, “lleváme en tu cámara”.

La ventana comunica y limita el espacio público —de la calle y el barrio— con el privado del hogar, de modo

singular, cuidando la estética y promoviendo la política del “vive y deja vivir”. A diferencia de su mera funcionalidad para luz y ventilación concebida en la mesa de dibujo del arquitecto, “en la casa habitada, esta abertura se vuelve una suerte de lienzo blanco para la expresión personal y de la familia”.¹ Pararse a ver el lienzo familiar y fotografiarlo no está, valga la redundancia, bien visto. Lástima. Esas ventanas me llaman, me invitan a mirarlas con irresistible tentación. Aprendí a disfrutarlas moderadamente, a una distancia prudencial.

Aqué fue mi primer y último intento por capturar esa suerte de murales que como en una interminable galería de arte se despliegan cuadro tras cuadro. Cada una dice algo de su creador, refleja sus gustos, su estilo de vida, sus viajes, sus fantasías. No tienen rejas; las cortinas dibujan con brocados o transparencias, pero rara vez cubren. En un primer plano, muestran toda suerte de objetos cuidadosamente dispuestos: macetas con plantas, flores, esculturas, candelabros, porcelanas y souvenirs; a veces un gato a la hora de la siesta. Al fondo el interior de la casa, el living, la cocina, la televisión. La mujer en bata tomando café. Aunque por más coquetas que sean, no conviene andar por ahí sacándoles muchas fotos. Me lo dijo la señora de mi barrio en Utrech. ¡Bah!, creo que eso fue lo que me dijo. Apenas fotografié su hermosa ventana con celosías y esculturas de elefantes de madera, salió en bata por la puerta principal y en un holandés irritado me convenció que me metiera en mis asuntos. ■■

1::

Hernan Vera. “On Dutch Windows” en *Qualitative Sociology* 12(2), Summer 1989, p. 231.

Cecilia Gordano Peile :: (Montevideo, 1980). Es Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Católica del Uruguay, opción periodismo, generación 2000. En 2004 cursó el Seminario Periodismo Literario a cargo de las profesoras Silvia Soler y Silvana Tanzi. Ha publicado artículos en los semanarios uruguayos Siete sobre Siete, Voces del Frente y Brecha, en el suplemento La República de las mujeres y en la revista feminista Cotidiano Mujer. Actualmente colabora con el portal www.genderIT.org sobre género y nuevas tecnologías, y cursa el Research Master Gender and Ethnicity en Utrecht University, en los Países Bajos.

Foto P. P.